

Una alegría en voz alta:
mi correspondencia con Jorge Guillén
(1964-1982)

Luce López-Baralt

E D I T O R I A L T R O T T A

ÍNDICE

<i>Una alegría en voz alta: mi correspondencia con Jorge Guillén (1964-1982)</i>	11
<i>Apéndice</i>	39
<i>Bibliografía</i>	41
Edición de la correspondencia. Palabras preliminares	47
I. Jorge Guillén y Luce López-Baralt. Correspondencia (1964-1982)	49
II. Jorge Guillén y Arturo Echavarría. Correspondencia (1965-1983)	195
III. Jorge Guillén y Mercedes López-Baralt. Carta de 1974	225
IV. Postales colectivas a Jorge Guillén (Luce López-Baralt, Arturo Echavarría, Ricardo Gullón, Soledad Salinas y Juan Marichal, 1975-1976)	229
V. Cartas de Irene Guillén a Luce López-Baralt y Arturo Echavarría (1980-2002)	233
VI. Cartas relacionadas con Jorge Guillén dirigidas a Luce López-Baralt y Arturo Echavarría	257
Cartas de Teresa Guillén a Luce López-Baralt y Arturo Echavarría (c. 1974-1987)	259
Carta de Stephen Gilman a Luce López-Baralt	265
<i>Fotografías</i>	269
<i>Índice onomástico-biográfico</i>	265

UNA ALEGRÍA EN VOZ ALTA: MI CORRESPONDENCIA
CON JORGE GUILLÉN (1964-1982)¹

«¡Guillén! ¡Guillén! ¡Guillén! / ¿por qué me has abandonado? Está mal. Yo espero siempre carta tuya, pero la carta no llega». La lamentación es de Federico García Lorca, reclamando a Jorge Guillén su ingratitud epistolar en 1926 (García Lorca, 1997, 392-393)². No es hasta el año siguiente cuando el poeta vallisoletano se excusa por su irregularidad epistolar: «Supongo que recibirías hace tiempo una larga carta mía compensadora de mi anterior silencio culpable» (Guillén, 1959, 111-113). Ese silencio era crónico en don Jorge, si damos fe a los reclamos de Federico: «a pesar de tu promesa no he recibido carta, ni sé nada de tu vida»; «Contéstame enseguida y sé bueno» (García Lorca, 1997, 366). Guillén es igualmente moroso en responder a Pedro Salinas. Le admite que vive «con los remordimientos sin excusa de no haberte contestado aún a tus tres últimas cartas» (Salinas y Guillén, 1992, 362). Alberti sufrió los mismos desplantes epistolares. Estando en Roma envió un mensaje para don Jorge con mi esposo Arturo y conmigo, pidiendo que le escriba «aunque sea a razón de 6 cartas [t]uyas por cada una [mía]»³.

1. Una versión más abreviada de esta introducción vio la luz en el libro *El valor de las cartas en el tiempo: sobre epistolarios inéditos en la cultura española desde 1936*, editado por José Teruel y Santiago López-Ríos (2023).

Agradezco vivamente, de otra parte, a mi colega del Departamento de Estudios Hispánicos (Universidad de Puerto Rico, Río Piedras) Fernando Feliú Matilla su ayuda con la transcripción inicial de la correspondencia entre Guillén y yo. Como el poeta era amigo de su abuelo español, Alfredo Matilla, don Jorge dedicó a Fernando un poema para celebrar su llegada al mundo. Con autorización de mi colega, adjunto el poema de don Jorge, aún inédito, como apéndice (*infra*, p. 39).

2. Por más énfasis, el poeta despedido se despide asumiendo una patética figura del Cristo abandonado por el Padre con un tajante «¡Guillén! ¡Guillén! ¡Guillén! / ¿por qué me has abandonado?».

3. Postal sin fecha desde Roma, que debe corresponder a mayo de 1972, pues Arturo y yo estábamos en viaje de luna de miel. Evoco el encuentro en una postal

Las quejas epistolares de los amigos de Guillén me hicieron sentir culpable, pues la avalancha de cartas que el poeta «inalcanzable» me dirigía siempre fue copiosa y puntual. Teresa Guillén, la hija del poeta, me aclaró que su «Papaíto», como siempre lo llamaba⁴, se convirtió en un corresponsal diligente tan solo a partir del exilio. Don Jorge me confesaba a su vez su apego a «los pequeños placeres del correo»: «¡qué placer el del correo! Yo adoro el correo, y ahora tengo un apartado en la Universidad [de Puerto Rico], y voy a las tres, a las cinco, a las diez, a buscar [las cartas]» (López-Baralt, 1964, 30 de marzo)⁵.

Mi correspondencia epistolar con Guillén arranca en 1964, año en que escuché su curso Poesía de la Generación Española de 1920-1936 en la Universidad de Puerto Rico⁶, y dura hasta 1982, poco antes de su muer-

a Guillén, pues fue él quien nos conectó con Alberti: «Rafael Alberti y María Teresa [León] nos recibieron con inmensa amabilidad. Conversamos largamente —notamos a Alberti algo triste en términos generales—. Nos pareció muy interesante su deseo sincero de ir a Puerto Rico. Hablamos de poesía, de España, de los gatos (está lleno de arañazos de su gatita). Nos regaló una litografía suya dedicada de regalo de bodas. ¡Fue encantador!». No quise decir a don Jorge que buena parte de la tarde se nos fue en hablar sobre la guerra civil española, tema que sumió a María Teresa en un mar de lágrimas.

4. Los nietos de don Jorge lo llamaban cariñosamente «Abué». Recuerdo que el poeta no pudo asistir a la boda de Anita Gilman en Cambridge, pues quedó en Málaga debido a su fragilidad física. Al momento de posar para la foto oficial, Teresa exclamó: «¡Todos pensando en el Abué!». Era como si quisiera que de alguna manera ese cariño colectivo quedase retratado para siempre. En carta a sus nietos Antó e Isabel del Lunes Santo de 1955 Guillén, en efecto, firma «vuestro Abué» (cf. la antología epistolar del poeta a su hija Teresa editada en línea por Guadalupe Arbona Abascal [Guillén, 2021]).

5. Cito mis apuntes de la clase de don Jorge, que conservo completos, como «López-Baralt 1964», especificando la fecha de la anotación. Siempre copiaba con pormenor todos los comentarios personales del poeta, que resultan invaluable para conocer de cerca su talante emocional y su temperamento. También constan en mi poder los cuadernillos que don Jorge preparaba a manera de antologías breves de la poesía de cada uno de los poetas del 27 que discutía en clase. En este caso son particularmente útiles para ver cómo el poeta vallisoletano valoraba la poesía de sus compañeros. (Y aun de los poetas inmediatamente posteriores: en clase puntualizó —por poner un solo ejemplo— que Miguel Hernández era «el último gran poeta español del siglo xx» [López-Baralt, 1964]).

6. Guillén realmente tituló su curso «Poesía de la generación española de 1920-1936», ya que no consideraba adecuado el sobrenombre de «generación del 27». Entendía que no todos los poetas eran gongoristas ni particularmente afines a Góngora, cuyo tricentenario se celebró por todo lo alto en 1927 en el Ateneo de Sevilla, con la asistencia de la mayoría de los entonces jóvenes poetas españoles. «Tolero la influencia de Góngora», nos confiesa en clase del 27 de abril de 1964 (López-Baralt, 1964). Mucho menos gustaba don Jorge del apelativo lúgubre de «generación de entreguerras», por lo que optó por describir su grupo generacional por las escuetas fechas de «1920-1936».

te. Cuando comenzamos a escribirnos, yo tenía diecinueve años y el poeta setenta y uno, pero la entrañable amistad nos duró hasta que su poderoso corazón, «*made in Valladolid*», como afirmaba gozoso, dejó de latir.

La evolución de nuestra amistad se hace evidente en los saludos iniciales de las cartas, que van intensificando su afecto. Aquel inicial «Mis distinguidas amigas Luce y Merce López-Baralt» de la primera carta a Santander (1964), dio paso al cálido: «Querida Luce, cada vez más admirada. Su última carta rebosa de entusiasmo, felicidad, juventud. Cualquiera español diría, yo también, ¡Bendita sea!» (20 de octubre de 1981). Su saludo más entrañable fue: «Mi querida Luce ¡no!-vi-da-ble», al que añade enseguida un cauto «Estoy pensando también en Arturo» (20 de marzo de 1972). Don Jorge había dividido las sílabas de otro nombre querido: el de su primer nieto Antonio, a quien pondera como «An-to-ñi-to el Precioso» ante su corresponsal Salinas en carta del 13 de noviembre de 1945 desde Wellesley (Salinas y Guillén, 1992, 364). Esos apelativos afectuosos estaban reservados para cariños filiales: jamás los usó para sus amigos poetas⁷.

Guillén atesoró el poder enseñar en la Universidad de Puerto Rico tras ser profesor en un país anglófono. Confesaba que «Estos cursos de la Universidad de Puerto Rico los tendré siempre como entre los que más me han acercado al ideal educativo: que un maestro se sienta conmovido por la comunicación espiritual con sus discípulos a dar lo mejor de sí en sus clases» (Jaime Benítez cita las palabras de Guillén del libro de Jean Cross Newman, *Pedro Salinas and His Circumstances* [Benítez, 1984, 25-A]).

Como mi hermana y yo éramos demasiado jóvenes para matricularnos en el curso del poeta, ya que cursábamos aún estudios universitarios subgraduados, tuvimos que contar con el permiso explícito tanto del director del Departamento de Estudios Hispánicos, Dr. Modesto Rivera, como del propio Guillén, para poder acceder a la clase, que dictaba en el salón Pedreira 126 de la Facultad de Humanidades.

A pesar de nuestra juventud, mi hermana y yo tuvimos el privilegio de compartir largamente con el poeta durante su estadía en Puerto Rico. Nilita Vientós Gastón, nuestra célebre *femme de lettres*, nos presentó formalmente a don Jorge a la salida de una conferencia que este ofreció en el Club de la Facultad en febrero de 1964. A partir de ahí comenzamos a alternar continuamente con Guillén e Irene (entonces, «doña Irene») en las célebres tertulias literarias de Nilita, de las que habían disfrutado antes Pedro Salinas, Juan Ramón Jiménez (por separado, claro), Ricardo Gullón, Saul Bellow, Mario Vargas Llosa, Luis Rafael Sánchez, Juan Bosch y tantas otras figuras literarias que mi Universidad reunía por aquellos años. Pautamos con el poeta encontrarnos en Santander durante el siguiente verano, ya que él solía veranear discretamente allí con Irene y nosotros íbamos a estudiar a la Universidad Internacional Menéndez Pelayo.

7. En carta del 20 de octubre de 1981 que me dirige Guillén apostrofa con humor a su hijo Claudio como «mi señor hijo». En más de una ocasión se lo oí decir de viva voz. Añade en la citada misiva: «... pienso en mis hijos y soy feliz. ‘Me han salido muy buenos’, repito y me repito». Con todo, una vez en Cambridge, estando presentes Arturo y yo, se refirió a Teresa como «¡Una hija! ¡Mi mejor poema!». Enseguida Teresa le ripostó con cariño: «Papaíto, no seas injusto con Claudie!». Corroboro el dato una de las cartas del poeta, dirigida a su familia («Queridos todos») que

Las despedidas de don Jorge también se transforman con los años. Comienza despidiéndose «Muy cordialmente, Jorge Guillén», para más tarde cerrar la carta con un cariñoso «doble abrazo de su viejísimo amigo, lector, admirador, con nostalgia de Puerto Rico, Jorge» (desde Málaga, 20 de julio de 1980). Ya en 1980 intensifica su tantas veces proclamada vejez⁸ y se despide como «Su viejísimo Jorge» (desde Málaga, 2 de febrero de 1980), epíteto que culmina en otra misiva con un cariñoso «doble abrazo de su viejísimo amigo, lector, admirador, con nostalgia de Puerto Rico, Jorge» (desde Málaga, 20 de julio de 1980)⁹. En 1981 (1 de noviembre, desde Málaga) la vejez va *in crescendo*: «Un doble abrazo de su muy anciano Jorge»¹⁰. Cualquier lector familiarizado con los epistolarios del poeta vallisoletano sabe bien que este era invariablemente parco en sus saludos y despedidas, limitándose a «un abrazo» y a lo más «un gran abrazo», incluso para su máximo corresponsal, Pedro Salinas, y aun para su entrañable Federico. Como en mi caso, comenzó despidiéndose de estos amigos con un escueto «Jorge Guillén», y solo después es que daba paso al familiar «Jorge». Por su parte, Vicente Aleixandre¹¹, entre otros corresponsales ilustres, observó el mismo recato afectivo con

edita en línea Guadalupe Arbona Abascal: «una hija es de lo más *smart* que existe en este mundo» (Guillén, 2021).

En ocasión del «Congreso Carta de poetas y redes intelectuales. El epistolario de Jorge Guillén a su hija Teresa (1948-1984)», celebrado en la Universidad Complutense de Madrid del 3 al 5 de mayo de 2023, la familia de Guillén y los amigos que tuvimos el privilegio de contar con la amistad del poeta lo pudimos evocar en el coloquio «Homenaje a Teresa Guillén» (miércoles, 3 de mayo).

8. Guillén siempre se refirió a su edad en tono irónico durante sus clases. «León Felipe es el poeta español más viejo conocido, después yo tengo el tremendo disgusto de serlo. Ojalá no muera para yo no ser el decano, en sentido cronológico, de la poesía española» (López-Baralt, 1964, 29 de abril). Pero también afirmaba gozoso: «Con las arrugas se va ganando la independencia» (*ibid.*). También afirmó, esperanzado, en la última clase del curso: «en estos años de joven vejez he de volver a Puerto Rico» (*ibid.*, 4 de mayo). Y, en efecto, volvió. Ya con los años, vuelve sobre el tema y, en carta del 7 de abril de 1972, me admite: «cuánto envidio su juventud».

9. Pese al gran afecto que nos profesábamos, don Jorge siempre me trató de «Ud.» y yo siempre le llamé «don Jorge». Una vez le pedí que me tuteara, y logra hacerlo en carta del 28 de marzo del 1978 desde La Jolla: «Y *te* escribiré», me dice, subrayando con gracia el «tú». Luego volvió a recaer en el «Ud.», para luego aclararme en nota al margen izquierdo, subrayada doblemente: «Fe de erratas. ‘Usted’ no. Tú». Cabe añadir que al principio de su correspondencia con los miembros del 27 también los llamaba de «Ud.» y solo más tarde cambiaban al «tú».

Luego volvió a escribirme de Ud., para luego aclarar en la posdata: «toda esta carta está escrita en ‘tú’». Lamentablemente, esa misiva está entre las pérdidas.

10. Carta desde Málaga, 1 de noviembre de 1981. El poeta escribe, por error, «1988» y tacha, corrigiendo, a 1981.

11. Cf. la edición de estas cartas por Gabriele Morelli, *Epistolario. De Vicente Aleixandre a Juan Guerrero y Jorge Guillén*, Universidad de Alcalá y Ediciones Caballo Griego para la Poesía, Alcalá de Henares, 1998.

el amigo poeta: el pudor afectivo era la regla entre todos ellos. Hay que decir que incluso cuando se dirige a sus propios hijos firma escuetamente «Jorge» o «Vuestro Jorge». Ocasionalmente envía «abrazos» a su familia y solo por excepción, sobre todo ya muy al final de su vida, le envía a su hija o nietos «besos y abrazos» o «besitos»¹².

Todas las cartas de ida y vuelta que me cursé con el poeta son manuscritas: don Jorge nunca usó la máquina de escribir, como hizo Salinas. Las primeras cartas van con una cursiva decimonónica elegante y clarísima, que más tarde se achica y se vuelve inestable, presentando algunas tachaduras. Por cierto, que también mi caligrafía fue cambiando, haciéndose más pequeña con el paso de los años¹³.

El poeta consideraba, de otra parte, que la carta era el mejor sustituto de la conversación con el amigo ausente. «Amigos. Nadie más. El resto es selva», exclama en *Aire nuestro*, elevando la *amicitia* a categoría de don salvífico¹⁴ (Guillén, 1968, 792)¹⁵. Para remedar la oralidad de esa conversación se servía, como observa Andrés Soria Olmedo, de estrategias discursivas específicas como las exclamaciones jubilosas, las interrogantes, los paréntesis sugerentes, los puntos suspensivos y los guiones aclaradores (Salinas y Guillén, 1992, 14). Las misivas remedaban de cerca la conversación de mi amigo epistolar, que oscilaba entre el regocijo, el entusiasmo irreprimible, la confidencia sutil y la ocasional ironía. Para mí sus cartas siempre fueron una «alegría en voz alta», frase feliz con la que don Jorge ponderó las misivas de su interlocutor epistolar Salinas (*ibid.*, 15).

12. Cf. la valiosísima edición antológica de la correspondencia del poeta a su hija Teresa editada en línea por Guadalupe Arbona Abascal (Guillén, 2021).

13. Mi maestro Raimundo Lida lo advirtió y me comentó, desde su familiaridad con la grafología, que mis trazos se reducían paulatinamente porque cada día me iba haciendo más «intelectual».

14. En clase del 27 de abril de 1964, y tras hablar de «Manolito» Altolaguirre, de Alberti, de Salinas, don Jorge exclamó feliz: «¿Ven qué sensación de amistad hay entre nosotros los poetas? ¡Todos nos admiramos, y queremos! ¡Y esto no ocurre casi nunca!» (*apud* López-Baralt, 1964). Claro que no ocurrió así con Juan Ramón Jiménez, y Guillén comparte con Salinas la herida, obviamente abierta, que esa ruptura dejó en su ser. No lo llegó a saber mi antiguo amigo, pero en la Sala Zenobia y Juan Ramón de mi Universidad obran varias cartas en las que Juan Ramón ensaya la carta del perdón. «Todo hombre tiene su lado áspero...», comenzaba una. Entristece saber que nunca las terminó de redactar y menos de echar al correo, pues esa reconciliación hubiera consolado enormemente a los poetas formados bajo la tutela del poeta de Moguer. Lo afirmo porque don Jorge celebró siempre la generosidad. La llamé «la mayor virtud del hombre, quizá la única, porque si se es generoso lo demás viene por añadidura» (*ibid.*, 29 de abril).

15. Francisco Díaz de Castro explica la contextualidad en la que Guillén concibe el verso, tan tajante: es que lo escribió en Sevilla durante la Guerra Civil (Guillén, 1999).

Como era de esperar, el corpus de la correspondencia de esos casi veinte años está incompleto. Algunas cartas se extraviaron en el correo mientras que los avatares de las mudanzas y del tiempo dieron al traste con otras¹⁶. Don Jorge siempre lamentaba conmigo esas pérdidas: «El correo va en decadencia —a contrapunto del progreso en esta desdichada Época» (carta del 5 de enero de 1996 desde Cambridge). También hay hiatos ocasionales de silencio epistolar, cuando Guillén y yo vivíamos en una misma ciudad —primero San Juan y luego Cambridge—, y en esas ocasiones hablábamos en persona. Me asombró descubrir, gracias a la generosidad de mi admirable colega Santiago López-Ríos¹⁷, que Guillén también guardó casi toda mi correspondencia, que hoy custodia la Biblioteca Nacional de España («Arch JG/59/19 – 28 cartas, tarjetas y telegramas»¹⁸), y que consta de 28 cartas, aparte de algunas tarjetas postales y telegramas. Tras la muerte de don Jorge, acaecida el 6 de febrero de 1984, por petición de su hija Teresa envié a la Fundación Guillén copia de casi todas las cartas que el poeta me había escrito, pero ahora que las he podido releer y clasificar he verificado que el conjunto que obra en mi poder, tanto de mis cartas como de las de don Jorge, es más completo que el de la colección epistolar de la Biblioteca Nacional. El poeta también guardó las cartas que le dirigía Arturo Echavarría¹⁹, con quien luego me casaría, precisamente en Cambridge, donde vivía el poeta. Tras nuestra boda, Guillén escribe muchas de sus misivas a los dos a la vez, aunque suele hacer referencia por separado a nuestros respectivos asuntos e intereses. También vale aclarar que el poeta dirige muchas de las primeras cartas de la década de los sesenta tanto a mi hermana Mercedes como a mí, pues estudiábamos juntas primero en Puerto Rico y luego en Santander y en Madrid. En este ensayo cargo la mano sobre mi correspondencia particular con el poeta, en la que discurríamos ante todo sobre literatura y, más tarde, sobre el amor feliz de pareja.

Como dejé dicho, el conjunto del epistolario que conservo es más completo que la colección de la Biblioteca Nacional de Madrid. La correspondencia que recibimos de Guillén —incluyendo las cartas, poemas

16. En unos apuntes personales de la década de los sesenta también doy constancia de cartas y tarjetas de Guillén que al día de hoy no he podido encontrar.

17. López-Ríos editó en Trotta, junto a Guadalupe Arbona, las cartas que se cursaron Américo Castro y José Jiménez Lozano (cf. Arbona Abascal y López-Ríos [eds.], 2020).

18. Siempre habré de citar mis cartas a Guillén por esta clasificación bibliotecaria.

19. Someto a la bibliografía sus obras, advirtiendo que Guillén siempre escribía «Echavarría» en vez de «Echavarría» y bajo dicho nombre aparecen catalogadas sus cartas en la Biblioteca Nacional de Madrid (1967-1984). Una vez más, agradezco a mi generoso colega Santiago López-Ríos su ayuda en estas búsquedas archivísticas.

y postales que me dirigía a mí, a Arturo y a Mercedes— suman 54 documentos en total, fechados entre 1964 y 1982. El poeta me dirigió 41 cartas (a veces, como adelanté, extensivas también a Arturo y a mi hermana), mientras que contamos con 9 misivas exclusivas para mi marido y una para Mercedes. Estos documentos, repito, son los que sobrevivieron el paso del tiempo, porque muchas cartas que nos cruzamos con el poeta, cuyo contenido recuerdo de memoria, habrá que darlas por perdidas. Mis misivas al poeta, que suman 51 documentos, están fechadas entre 1966 y 1982. Edito aquí 13 cartas de Arturo a don Jorge, escritas entre 1965 y 1983. No conservamos cartas de Merce a Guillén, y solo nos queda una del poeta, dirigida a ella, fechada en 1974. Edito, de otra parte, las 18 cartas que nos cursó la viuda del poeta, Irene Guillén. Lamentablemente, no se conservan las que le escribimos a ella.

Una vez fallecidos don Jorge y su viuda Irene Mochi-Sismondi, segunda esposa e inseparable compañera del poeta y, para mí, entrañable amiga, los hijos del poeta, Teresa y Claudio, me autorizaron a publicar mi correspondencia con su padre Jorge Guillén. Teresa lo hizo verbalmente y por escrito (2015) y Claudio verbalmente, pero su permiso lo ratificó por escrito su viuda Margarita Ramírez Rigo (2021). Otro tanto hicieron los sobrinos de Irene, Livia y Alessandro Mochi-Sismondi (2023), que me permitieron a su vez publicar las cartas de Irene, por cierto muy conmovedoras. Irene insiste una y otra vez en el amor entrañable que la unió a don Jorge, tema que hablábamos en persona y que queda explicitado en su vívida correspondencia, que también edito en el presente volumen.

Guillén y yo comenzamos escribiéndonos desde Santander, cuando don Jorge veraneó en San Vicente de la Barquera y mi hermana y yo estudiamos en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo. Obran en mi poder cartas posteriores del poeta desde Cambridge²⁰, Florencia, Roma, París, Málaga, Nerja, Niza, y La Jolla, California, donde se solía hospedar con su hijo Claudio (o Claudie, como lo llamábamos). Por mi parte, escribí a don Jorge desde múltiples puntos geográficos, pues a partir de mis estudios en Puerto Rico y en Santander y de mi larga estadía en la Universidad de Madrid, estudié en la Universidad de Nueva York, y de ahí pasé a enseñar en la Universidad de Puerto Rico y finalmente a estudiar mi doctorado en Harvard²¹. Desde todos estos puntos de mis estudios universitarios escribí a don Jorge, e incluso le escribía desde Cambridge —donde don Jorge vivía— cuando el poeta se ausentaba

20. Don Jorge disfrutó mucho la ciudad y los amigos con quienes intercambiaba. «La gente de Harvard, la más sofisticada del mundo», me aseguraba en carta del 5 de agosto de 1973.

21. La inmensa biblioteca de Harvard provocaba la admiración exultante de Guillén: «¡Esta biblioteca justifica el descubrimiento de América!». (Nos hizo el comentario en Cambridge hacia 1970).

de la ciudad. Más adelante, ya en 1971, me trasladé a estudiar a Beirut, y a partir de ahí se me multiplicaron vertiginosamente los viajes *causa sophiae*, becada por distintas instituciones para investigar temas de misticismo musulmán y literatura aljamiado-morisca a Europa y el Medio Oriente. Don Jorge me pedía —como antes Lorca a él— que no olvidara escribirle, y, conociendo su proclividad a «los pequeños placeres del correo», también le escribí fielmente desde los lugares donde me llevaron mis estudios posteriores de investigación o mis viajes: Bagdad, El Cairo, Irán, India, Bali, Grecia, Rusia, Turquía, Tailandia, Japón, Cuba, Jamaica, entre otros. El poeta encomió con gozo mi fidelidad epistolar: «es usted un ángel. Nos la comeríamos a besos»²².

La ternura que entevera el epistolario no la prodigaba don Jorge, como adelanté, a sus otros interlocutores, no empece que tuvieran una amistad más cercana con el poeta. Quizá Guillén fue más expansivo conmigo justamente por eso: era una muchacha que no le representaba formalidad alguna. Salinas me daría la razón en este punto, pues admite que se amoldaba a cada uno de sus interlocutores: «como cada cual es como es, cada uno me inspira un modo particular y diferente de dirigirme a él, concorde a su índole. Y así vivo embriagadamente en mis escrituras, como de mil vidas distintas. Basta con que piense en Fulano para que se me abra la vena irónica; que me recaiga la memoria en Zutano, para que empiece a destilar la melancolía» (Salinas, 1981, 230). Don Jorge ajustaría también su lente epistolar conmigo para manifestarme sin sordina su vida afectiva.

No es mucho sospechar, de otra parte, que la correspondencia que sostuvo don Jorge con sus célebres amigos letrados era precavida porque se enfrentaban a la atemorizante posibilidad de una publicación póstuma. Salinas se lo hace saber a Guillén: si las cartas valían la pena, dada su calidad literaria, «la pena que les aguarda ya sabemos cuál es: la caída de Ícaro, de los cielos limpios —lo privado— a las aguas dudosas —la publicidad—» (Salinas y Guillén, 1992, 13)²³. Como temía el poeta, pero para fortuna nuestra, hoy contamos con la colección impresa de su larga correspondencia con Guillén. En las cartas de don Jorge a sus amigos —extraordinarias, hay que decirlo— hay sin embargo algo guardado y *self-conscious*: algo de discreta autocensura.

A esta prudencia contribuye, para colmo, el *expertise* que tanto Salinas como don Jorge tenían en la teoría del género epistolar²⁴. Como

22. Carta desde Cambridge del 22 de agosto de 1976.

23. Sobre el *expertise* teórico epistolar de Pedro Salinas (cf. Enric Bou, 1996, 1998 y 2007).

24. Recordemos ensayos de Salinas como «La mejor carta de amores de la literatura española» y su «Defensa de la carta misiva y la correspondencia epistolar»; así

advierte Soria Olmedo, se sabían al dedillo la preceptiva y las normas retóricas del género, desde Cicerón a Vives, y la comentan con ironía mientras están en el proceso de escribirse (Salinas y Guillén, 1992, 13-14). Guillén hace un irónico alarde de *connoisseur* ante su amigo: «Mi querido Pedro: estas líneas no van a formar una carta didascálica, ni deliberativa, ni demostrativa, ni judicial. No será congratulatoria, laudatoria, reprensoria [...] A causa de su brevedad, ¿‘billete’, ‘esquela’? ¿Diré ‘misiva’? ¿Me atreveré a emplear ‘epístola’? No hay laberinto como el de la clasificación» (*ibid.*, 13). Cuando Guillén me escribía, doy por seguro que se sintió libre de toda retórica y aun del posible miedo a la futura publicación de nuestra correspondencia. Nuestro epistolario es modesto si lo comparamos con el que sostuvo con sus amigos poetas, pero resulta más veraz en la esfera íntima. Retrata mejor cómo era don Jorge en persona, con todo su optimismo soleado y su inmensa ternura.

Al margen de sus espléndidas cartas, Guillén fue una figura paradigmática en mi vida. Mis años de formación como estudiosa transcurrieron a su sombra protectora, y la correspondencia da fe de cómo, año tras año, país tras país, universidad tras universidad, iba compartiendo con el poeta tutelar mis primeros pinitos en las letras. El conjunto de mis cartas se lee como una autobiografía no solo intelectual y académica sino, sobre todo, emocional. Don Jorge siempre me animó con generosidad incomparable. Pero sus lecciones de luminosa alegría me impactaron aún más. A menudo escuché de sus labios su credo vital, que perpetuaría en «Resumen» de *Y otros poemas*²⁵: «Ante la vida tengo una sola respuesta: ¡¡SÍ!!». Don Jorge enmendaba al melancólico Manrique: «Consiento en mi vivir, con voluntad placentera, clara y pura» (López-Baralt, 1964). Ya lo había dicho en la dedicatoria al *Cántico*: «Con qué voluntad placentera / consiento en mi vivir...» (Guillén, 1968, 21).

El poeta era la personificación misma de su «Cántico». No en balde usurpó el título de su poemario a san Juan de la Cruz, con cuyo júbilo decidió presidir sus versos²⁶. Considero que san Juan y Guillén son los únicos poetas realmente felices de las letras españolas. Y ello, a despecho de Boscán, que celebró su dicha conyugal en la «Epístola a don Diego de Mendoza», solo que lo hizo con versos tan desangelados que realmente no cuentan.

como su estremecedora correspondencia con Katherine Reding, contrapartida inusitada a su *Voz a ti debida*.

25. «Habré dicho a la vida un firme sí / Hasta el instante mismo de la muerte» (cf. Guillén, 1973, 346).

26. Dada su habitual alegría, no me extrañé cuando nos confesó en clase (López-Baralt, 1964, 1 de mayo) que su poema favorito era «Más allá», que preside la sección de *Cántico* que lleva otro título sanjuanista «Al aire de tu vuelo» y donde celebra que «tan pleno siempre me aguarda el mundo».